

LOS TRES REYES MAGOS

Los tres reyes magos.

Autora: Nuria González.

Copyright © 2020 Nuria González.

ISBN: 9781655476693

Ilustraciones: Leonor Tapia
nanagreen.43@gmail.com

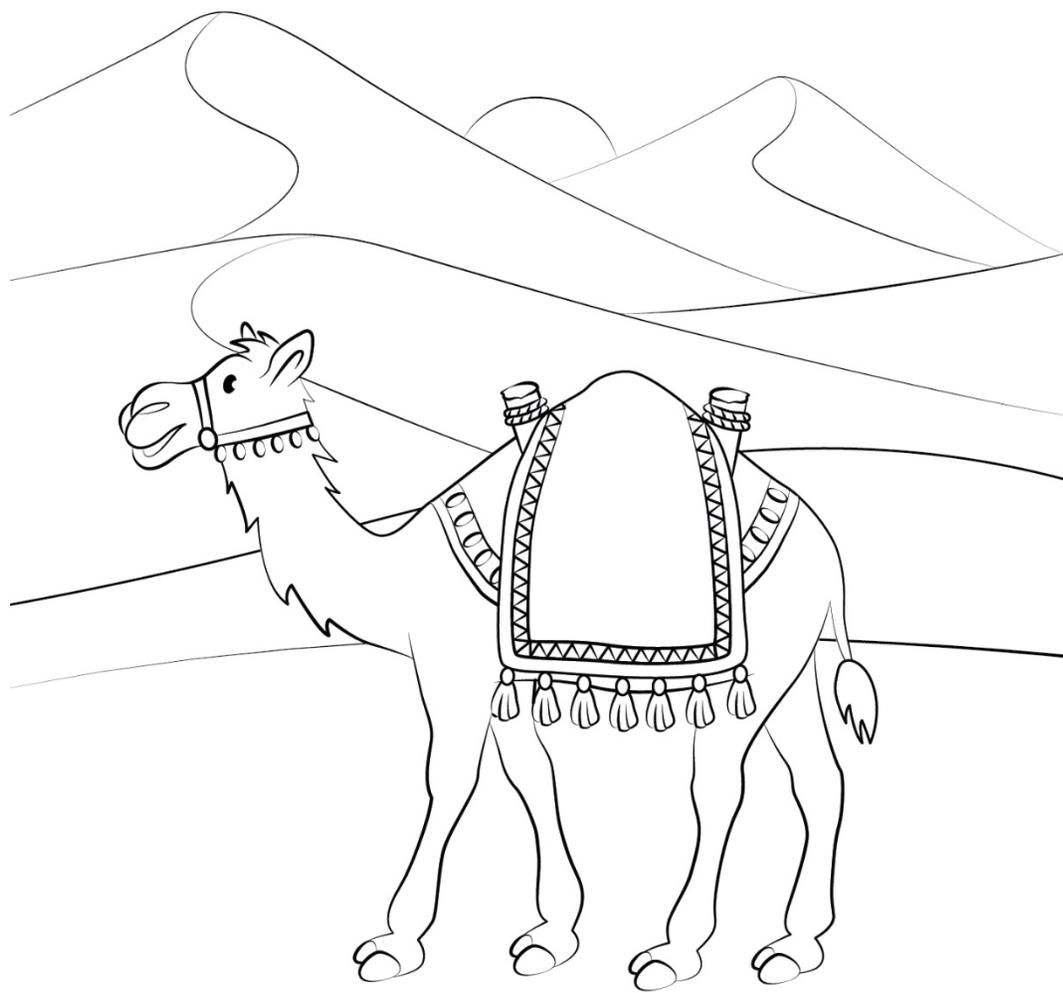
Todos los derechos reservados.

Para la distribución total o parcial de este cuento, por favor póngase en contacto a través de ngonzalezlibros@gmail.com

*Este cuento es mágico y especial,
y mientras lo lees,
lo puedes colorear.*

Hace muchos, muchos años,
tantos como el año en que
estamos, tres amigos llamados
Melchor, Gaspar y Baltasar
recorrían el desierto junto a sus
grandes amigos, los camellos
Rufo, Arcos y Tristán.

Se dirigían atravesando todo
Oriente hacia la ciudad de
Belén, guiados por una gran
estrella parpadeante que les
avisó de que un niño muy
especial acababa de nacer.



En cuanto lo supieron, los tres reyes no tardaron en partir emocionados para llevarle regalos. Cada uno llevaba el suyo: Melchor llevaba oro, Gaspar incienso y Baltasar mirra.

Alumbrados por la estrella, los tres Reyes Magos recorrieron todo el camino hasta llegar a las puertas de la ciudad de Belén.



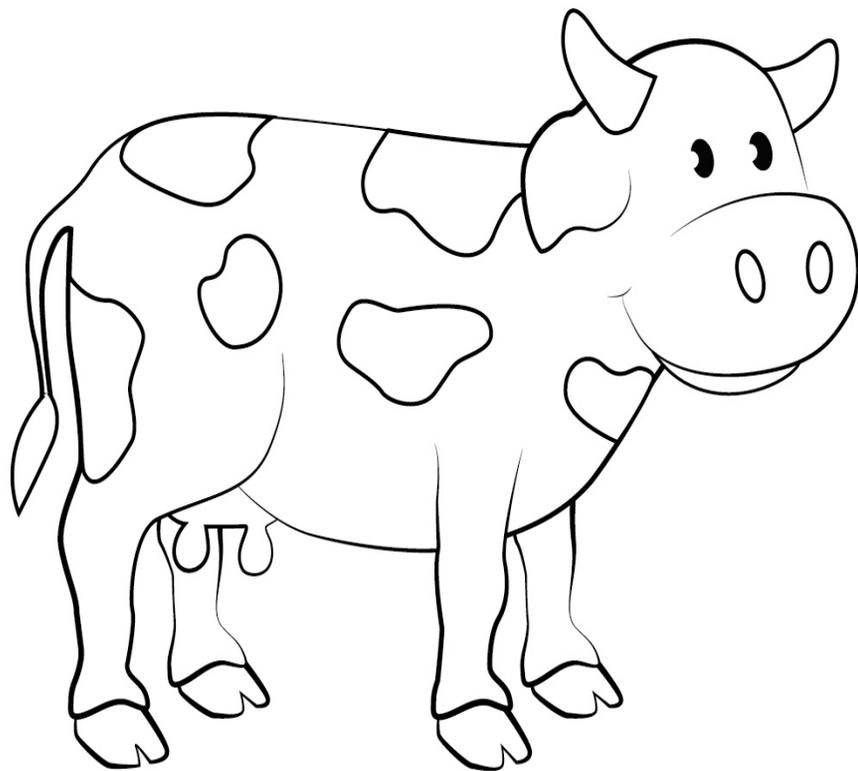
– ¡Ya estamos aquí, ya llegaron los Reyes Magos! ¡Ábrannos las puertas, por favor! –exclamó Melchor.

–¿Quiénes? –preguntó un pastorcillo.

–Déjalos pasar, Paco, que vienen a ver al niño –respondió su hermana.

Las puertas de Belén se abrieron y los tres reyes se dirigieron hacia el lugar alumbrado por la estrella, un pequeño pesebre.

En el lugar, había un montón de animales, ovejas, burros, gallinas e incluso una vaquita que se acercó a oler a los tres reyes nada más verlos llegar.



Sus padres, María y José, también estaban ahí, saludando a los curiosos pastores y campesinos que se habían acercado a conocer al niño que acababa de nacer.

Los tres reyes magos se acercaron y ofrecieron sus regalos al pequeño niño Jesús, y él, sonrió lleno de ilusión.

Al ver la alegría del pequeño, acordaron entre ellos que para celebrar su nacimiento, todos los años llevarían regalos a todos los niños del mundo en la misma fecha.

Todas las vísperas del 6 de Enero, los tres reyes y los tres camellos partían desde Oriente para llenar de regalos a todos los niños del mundo.

Recorrían silenciosos las casas por la noche, siendo muy rápidos para poder llegar a cada niño de cada lugar del planeta.

Los Reyes se colgaban de los balcones y de las ventanas y los atravesaban con su magia.



A veces, tenían pequeños tropiezos y debían salir huyendo antes de que los habitantes de la casa se despertaran, o los camellos se tiraban horribles pedos y Melchor tenía que encender incienso para ahuyentar el olor.

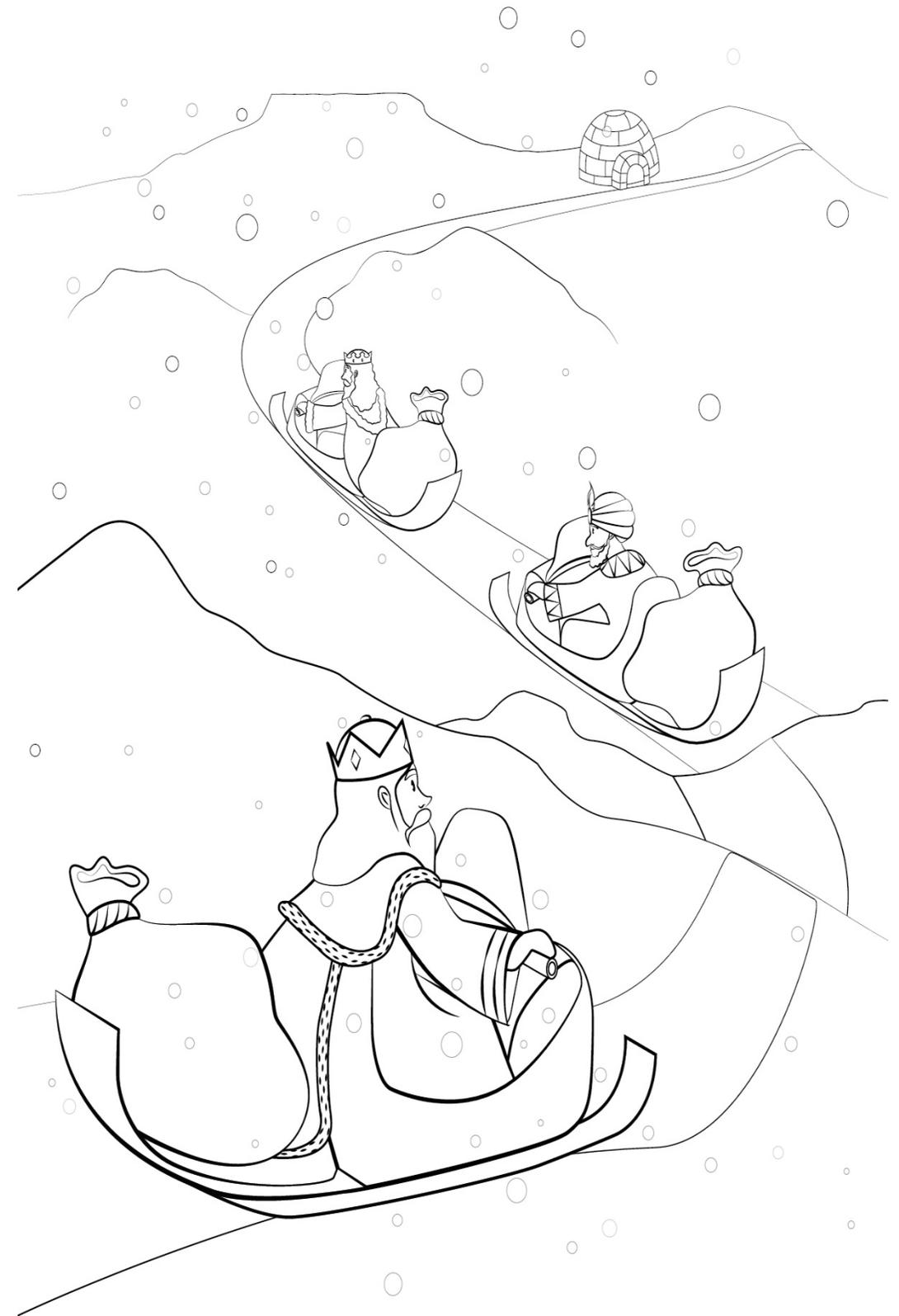
Melchor se encargaba de entretener a los perritos para que no ladraran. Cuando entraba en la casa, se acercaba sigilosamente a ellos y les daba un montón de chucherías.



Baltasar, era quien entraba en las casas de los niños que estaban despiertos. A él, al ser muy negro, no se le veía en la oscuridad.

A veces, algún pequeño corría al salón al oír un ruido y se encontraba con dos enormes ojos blancos, pero Baltasar los cerraba y parecía que había desaparecido.

Cuando llegaban al Polo Norte, tenían que dejar a los camellos atrás porque se les helaban las patas con el frío. Aunque Arcos, que nunca quería hacer caso, a veces corría tras ellos enfadado y terminaba resfriándose y llevándose una buena bronca de Gaspar.



Como el viaje resultaba tan largo y cansado, los niños les dejaban comida y bebida para que repusieran fuerzas. Los reyes, muy agradecidos, se sentaban a descansar y degustar los manjares que les dejaban los pequeños de cada casa.

A veces, hacer tanta magia los dejaba tan exhaustos que más de una vez se quedaron dormidos tras la comilona. Sobre todo Baltasar, al que siempre tenía que despertar alguno de los camellos antes de que se pusiera a roncar.



Lo peor era cuando los camellos se hacían caca. Una vez, mientras Gaspar dejaba los regalos en una de las casas, Tristán se hizo una apestosa caca en el jardín, y Gaspar al salir la pisó.

¡No se pudo quitar el olor del zapato en toda la noche!

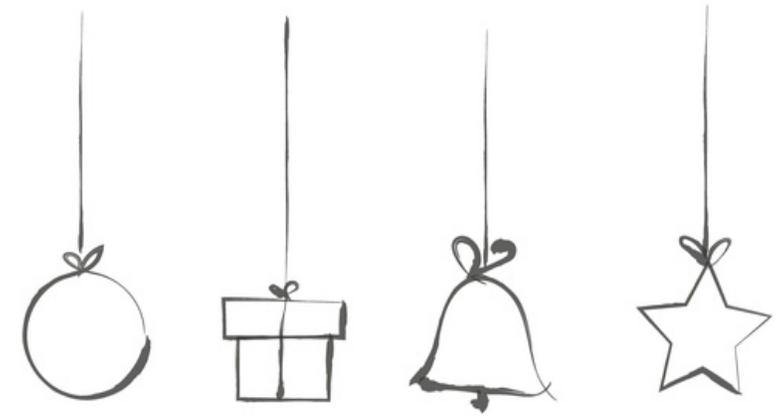
Después de recogerla, tuvo que tirar el zapato junto a la caca a la basura ¡y andar a la pata coja toda la noche!



Cuando llegaban a casa después de recorrer todo el mundo, los tres reyes se sentaban emocionados a ver por su televisión mágica cómo los pequeños abrían los regalos.

Pasaban horas y horas mirando embobados la ilusión de cada niño, y eso les recargaba las fuerzas para continuar haciéndolo el año siguiente.





Muuuchos años después...

Una noche, después de recorrer más de tropecientos millones de casas, Gaspar, que ya estaba muy mayor y cada vez le costaba más continuar, habló con sus amigos y les dijo:

–Queridos Melchor y Baltasar, siento defraudaros pero mis piernas ya no dan para más.

Estoy muy mayor y muy cansado, ya no soy tan ágil como en los primeros años, y temo cualquier día dejar a un niño sin su regalo.

Sus amigos lo miraron, a ellos también les pasaba igual. Melchor y Baltasar también estaban muy mayores y no podían seguir con el ritmo de recorrer tantos miles de millones de kilómetros en una sola noche. A pesar de ser magos, ellos también tenían ya una edad.

–¡Tenemos que encontrar una solución! –dijo Baltasar–
¡Ningún niño puede quedarse sin su regalo!

Los tres se pasaron la noche pensando y al día siguiente dieron con la solución para el problema.

–Podemos hablar con los padres de cada niño, y pedirles a ellos que nos sustituyan –dijo Melchor.

–Me parece buena idea
–respondió Baltasar.

–Además, ellos son los que más conocen a sus hijos, ¡sabrán perfectamente qué regalos hacer! –se convenció Gaspar.

Durante todo el día, enviaron cartas a los padres de todos los niños del mundo explicándoles la situación.



Lo hicieron en un papel mágico,
de esa manera esas cartas sólo
serían visibles a los ojos de ellos
y así los niños nunca podrían
leerlas y no perderían la ilusión.

En las cartas decía:

Queridos padres:

Cómo bien sabrán, durante muchísimos años hemos llenado de ilusión cada hogar. Hemos hecho felices a millones de niños por todo el mundo, pero nuestra salud ya no nos permite llegar a todos.

Aún así, no queremos que ningún niño en el mundo pierda la ilusión.

Por ello les pedimos, ya que nuestra avanzada edad no nos permite llegar a su casa, que coloquen en nuestro lugar los regalos para su hijo.

Ustedes sabrán mejor que nadie cómo hacerlo feliz, sólo pedimos que el día en que le desvelen a su hijo el secreto, él no se lo cuente a sus compañeros para no quitarles la ilusión.

Un afectuoso saludo.

Melchor, Gaspar y Baltasar.

Al leer las cartas, todos los padres estuvieron de acuerdo con el encargo tan especial que los reyes les habían pedido. Ellos tampoco querían quitarles la ilusión a sus hijos, y entendían que Melchor, Gaspar y Baltasar ya estaban muy mayores y no podían ocuparse solos de todos los regalos.

Desde ese día, los padres de todos los niños que vivían en lugares donde no llegaban los Reyes Magos, les dejarían sus propios regalos.

Los Reyes comprobaron felices que, con su plan, la ilusión de los niños era la misma, y ninguno se quedaba con las manos vacías. A pesar de que ellos no habían podido llegar hasta las casas, los padres de los niños se habían encargado de que todo saliera perfecto.

Los niños fueron felices, y un día los Reyes Magos pudieron por fin jubilarse y descansar sabiendo que nunca se perdería esta preciosa tradición.

Proof